

é armóse, é cabalgó en su caballo, é con sus escuderos entró en el derecho camino de la insola Firme, donde él quería ir, con intencion de hablar con Agrájes é dar órden cómo con sus amigos Oriana socorrida fuese, si su padre la diese á los romanos.

CAPITULO XVI.

Cómo el caballero de la Verde Espada, que despues llamaron el caballero Griego, é don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus se vinieron juntos por el mar, acompañando aquella muy hermosa Grasinda, que venia á la corte del rey Lisuarte, el cual estaba delibrado de enviar á su hija Oriana al emperador de Roma por mujer, é de las cosas que pasaron, declarando su demanda.

Con Grasinda fueron navegando por la mar el caballero de la Verde Espada y don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus, á las veces con buen tiempo é otras con contrario, así como Dios lo enviaba, fasta que llegaron al mar Océano, que es en derecho de la costa de España; é cuando el de la Verde Espada se vio tan llegado á la Gran Bretaña gradeciolo mucho á Dios, porque habiéndole escapado de tantos peligros y de tantas tormentas como por la mar pasado habia, le trajera donde ver pudiese aquella tierra donde su señora era; así que, muy grande alegría le sobrevino á su corazon. Estonces con gran alegría fizo juntar todas las fustas, y rogó á todos los hombres que con ellas eran que lo no llamasen por otro nombre sino el caballero Griego, é mandóles que punasen de se llegar á la Gran Bretaña. Estonces se asentó con Grasinda en su estrado é díjole: «Fermosa Señora, ya se llega el tiempo por vos deseado, en que, si á Dios ploguiere, será cumplido lo que tanto vuestro corazon ha deseado é desea; é cierto creed, Señora, que por afan ni peligro de mi persona no dejaré de os pagar algo de las mercedes que me hecistes.—Caballero Griego, mi amigo, dijo ella, tal fianza tengo yo en Dios que así lo guiará, que si otra cosa su voluntad fuera, no me diera por guardador tal caballero como vos, é mucho os agradezco lo que me decís, pues que estando tan cerca de tal afrenta, parece que el corazon dobla su ardimiento.» El caballero Griego mandó á Gandalin que le trajese les seis espadas que la reina Menoresa en Constantinopla le diera, é Gandalin las trajo y se las puso delante, é dió las dos dellas á don Bruneo é Angriote, que maravillados fueron de ver la riqueza de sus guarnimientos, y el caballero Griego tomó otra para sí, é mandó á Gandalin que guardando la verde suya dondela no viesen, aquella posesiese con sus armas; esto facia él porque en la corte del rey Lisuarte, donde él iba y sequeria encobrir, no fuese por la verde espada descubierto; é cuando así en esto que ois estaban, siendo entre nona é visperas, Grasinda, que muy enojada de la mar andaba, hizo con el caballero Griego é don Bruneo é Angriote que la sacasen al borde de la fusta, porque viendo la tierra algun descanso sintiese; é allí estando todos cuatro hablando en lo que mas les agradaba, siguiendo su viaje á la hora que el sol se quería poner, vieron una fusta que queda estaba en la mar, y el caballero Griego mandó á los marineros que enderezasen contra ella, y llegando cerca, que se bien podrian oír, dijo el caballero Griego á

Angriote que preguntase á los de la fusta por algunas nuevas, é Angriote los saludó muy cortésmente é dijo: «¿Cuya es esta fusta, é quién anda en ella?» Ellos cuando oyeron esta pregunta le dijeron: «La fusta es de la insola Firme é andan en ella dos caballeros, que os dirán lo que os ploguiere.» E cuando el caballero Griego oyó hablar de la insola Firme, alegróse el corazon, é á sus compañeros, por los oír hablar de lo que deseaban saber, é Angriote dijo: «Amigos, ruégovos por cortesía que digais á esos caballeros que se llegaron ende, y preguntáremosles por nuevas que querriamos saber, é si vos ploguiere, decimos quién son.—Eso no farémos nos; mas decírcles hemos vuestro mandado.» E llamándolos, se pusieron los dos caballeros allí cabe sus hombres.

Estonces Angriote dijo: «Señores, querriamos saber de vos en qué lugar es el rey Lisuarte, si por ventura lo sabeis. Todo lo que sabemos, dijeron ellos, se dirá; pero antes querriamos saber una cosa que por della ser certificados hemos llevado mucho afan, y aun llevar lo esperamos fasta lo saber. Decid lo que os ploguiere, dijo Angriote; que si lo sé, saberlo heis vos.» Ellos dijeron: «Amigo, lo que nos deseamos es saber nuevas de un caballero que se llama Amadis de Gaula, aquel que por le hallar andan todos sus amigos muriendo é lacerando por tierras extrañas.» Cuando el caballero Griego esto oyó las lágrimas le vinieron á los ojos muy cedo con el gran placer que su ánimo sintió en ver cómo sus parientes todos é amigos le eran leales; pero estovo callado, é Angriote les dijo: «Agora me decid quién sois, é yo os lo diré lo que deso sopiere.» El uno dellos dijo: «Sabed que yo he nombre Dragonis, y este mi compañero Enil, y queremos correr el mar Mediterráneo é los puertos de la una é otra parte, si pudiéremos saber nuevas deste por quien preguntamos.—Señores, dijo Angriote, Dios vos dé buenas nuevas dél, y en estas fustas vienen gentes de muchas partes, é yo preguntaré si algo dello saben, é os lo diré de grado.» Esto decia él por mandado del caballero Griego, é díjoles: «Agora vos ruego que me digais dónde es el rey Lisuarte, y qué nuevas dél sabeis, é de la reina Briseña, su mujer, y de su corte.—Eso os diré yo, dijo Dragonis. Sabed que él es en una su villa, que Tagádes se llama, que es un gran puerto de mar contra Normandia, é ha fecho cortes, en que están todos sus hombres buenos, por haber con ellos consejo si dará su hija Oriana al emperador de Roma, que por mujer la pide; é allí son para la llevar muchos romanos, entre los cuales es el mayor Salustanquidio, príncipe de Calabria, é otros muchos á quien él manda, que son caballeros de cuenta; é tienen consigo una reina que Sardamira se llama para acompañar á Oriana, y que el Emperador la llamaba ya la emperatriz de Roma.» Cuando esto oyó el caballero Griego estremeciésele el corazon y estuvo una pieza desmayado. Mas cuando Dragonis vino á contar las cosas que Oriana facia de amarguras é llantos, y cómo se habia enviado á quejar á todos los altos hombres de la Gran Bretaña, sosególe el corazon y esforzóse, pensando que, pues á ella pesaba, que los romanos no serian tantos ni tan fuertes que él no se la tomase por la mar é por la tierra, y que aquello haria él por la mas pobre doncella del mundo; pues ¿qué debía facer por la que

solo un momento, perdiendo la esperanza della, él no podría vivir; é daba muchas gracias á Dios porque en tal sazón lo arribara en aquella tierra, donde podiese servir á su señora algo de las grandes mercedes que le habia fecho, y que tomándola, la ternia, como lo él deseaba, sin su culpa della; y con esto se hacia tan alegre y tan lozano como si ya fecho é acabado lo toviese, é dijo muy paso á Angriote que preguntase á Dragonis dónde sabia él aquellas nuevas, y preguntado por él Dragonis, le dijo: «Hoy há cuatro dias que llegaron á la insola Firme, donde nos partimos don Cuadrágante é su sobrino Landin, é Gavarte de Val Temeroso, é Madancian (1) de la Puente de Plata, é Elian el lozano. Estos cinco vinieron por haber consejo con Florestan é con Agrájes, que hí son, cómo les parece que deben entrar en la demanda de Amadis, aquel que nos buscamos; é don Cuadrágante quería enviar á la corte del rey Lisuarte por saber de aquellas gentes extrañas que allí son algunas nuevas de aquel muy esforzado Amadis; mas don Florestan le dijo que lo no fizo, que él venia de allá y no sabia ningunas nuevas, é sus escuderos han dicho de una contienda que él con los romanos hobo, de que su gran prez será loada en tanto que el mundo durare.

Quando esto oyó Angriote dijo: «Señor caballero, decidnos qué hombre es ese y qué cosas hizo, que tan loadas son.—Este es, dijo Dragonis, fijo del rey Perion de Gaula, é bien parece en la su gran bondad á sus hermanos.» E contóle todo lo que le acaeciera con los caballeros romanos delante de la reina Sardamira, y cómo levó los escudos dellos á la insola Firme, y los nombres de los señores dellos escritos de su sangre; y este don Dragonis contó allí las nuevas que os decimos, é cómo siendo los caballeros de la reina Sardamira tan mal trechos, que por ruego suyo della la aguardó don Florestan hasta la poner en Miraflores, donde ella iba á ver á Oriana, la hija del rey Lisuarte. Mucho fueron alegres el caballero Griego é sus compañeros de aquella buena ventura de don Florestan; é cuando el caballero Griego oyó mentar á Miraflores el corazon le saltaba, que lo no podia sosegar, viniéndole á la memoria el sabroso tiempo que allí pasó con aquella que de allí señora era; y dejando á Grasinda é á los otros caballeros, se apartó con Gandalin é díjole: «Mi verdadero amigo, ya has oído las nuevas de Oriana, que si así pasase, pasaríamos ella é yo por la muerte; ruégote mucho que tomes gran cuidado en esto que te yo mandaré; y esto es, que te despidas tú é Ardian el enano de mí y de Grasinda, diciendo que os queréis ir con aquellos de la fusta á buscar á Amadis, é di á mi cohermano Dragonis é á Enil todas las nuevas de mí, y que luego se tornen á la insola Firme; é cuando allí llegádes, diréis á don Cuadrágante é Agrájes que les ruego yo mucho que no se partan dende; que yo seré con ellos en estos quince dias; y que tengan consigo todos esos caballeros nuestros amigos que ende están, y envíen por mas si dellos

(1) Así se halla escrito el nombre de este caballero en las ediciones mas antiguas de este libro, y por consiguiente, parece distinto del que en otros lugares es llamado Madansil y Madansiel. Véase la página 205, nota.

sopieren; é di á don Florestan é á tu padre don Gandales que hagan bastecer todas las fustas que se hí hallaren de viandas é armas, porque tengo de ir con ellas á un lugar que prometido tengo; lo cual de mí sabrán cuando los viere; en esto pon gran recaudo, que ya sabes lo que en ello me va.»

Estonces llamó al Enano é díjole: «Ardian, véte con Gandalin é haz lo que te mandare.» Gandalin, que mucho deseaba complir el mandado de su señor, fuése para Grasinda é díjole: «Señora, nosotros queremos dejar al caballero Griego por entrar en la demanda con aquellos caballeros que en aquella fusta andan buscando á Amadis, é Dios vos agradezca las mercedes que de vos, Señora, recibidas tenemos.» E asimismo se despidieron del caballero Griego y de don Bruneo é Angriote, y ellos los dos se ofrecieron á Dios y entraron en la fusta, é Angriote les dijo: «Señores, veis ende un escudero é un enano que andan en la demanda que vos pedís.» Mas cuando ellos vieron que eran Gandalin y el Enano mucho fueron alegres; é como sopieron las nuevas ciertas de ellos, partiéronse de la flota con su galea, y llevaron el camino de la insola Firme; y el caballero Griego y Grasinda con su compañía fueron corriendo su mar contra Tagádes, donde el rey Lisuarte era. El rey Lisuarte era en Tagádes, aquella su villa, y estaban con él juntos muchos grandes y otros hombres buenos del su reino, que los ficiera llamar para aconsejarse con ellos lo que haria del casamiento de Oriana, su hija, que el emperador de Roma para se casar con ella le enviaba muy afincadamente á demandar; y todos le decían que lo no ficiese, que era cosa en que mucho contra Dios erraria, quitando á su hija aquel señorío de que heredera habia de ser, y ponerla en sujecion de hombre extraño, de condicion liviana é muy mudable; que así como por el presente aquello mucho deseaba, así á poco espacio de tiempo otra cosa se les antojaria, é muy cierto es que esta es la manera de los hombres livianos. Pero el Rey, pesándole deste tal consejo, siempre en su propósito firme estaba, permitiéndole Dios que aquel Amadis, que tantas veces le aseguró su reino é su vida, haciéndole tan señalados servicios, é poniéndole en la mayor fama, en la mayor alteza que ningún rey de su tiempo estaba, é tan malas gracias dello sacó, sin lo merecer, de aquel mismo su grandeza, su gran honra menoscabada é abatida fuese, como en el cuarto libro mas largo se dirá. Pero aun este rey Lisuarte, no para se volver de su propósito, mas porque su porfia é riguridad mas clara á todos manifiesta fuese, tovo por bien que al mismo consejo fuese llamado el conde Argamonte, su tío, que muy viejo é doliente de gota estaba. E á sabiendas no queria salir de su casa, conociendo la voluntad errada que el Rey en aquel caso tenia, pues que en todo le habia de contradecir; mas, como el mandado del Rey vió, fué luego para allá, y llegado á la puerta del palacio, allí salió el Rey á lo recibir, y tomándole por la mano, se fué con él á su estrado, é fizole sentar cabe sí; díjole: «Buen tío, yo os fice llamar, é á estos hombres buenos que aquí veis, por haber consejo de lo que hacer debo en este casamiento de mi hija con el emperador de Roma, é mucho os ruego que me digais vuestro parecer, y ellos asimesmo.—Mi señor, dijo él, muy gra-

ve cosa me parece aconsejar en esto que mandais, porque aquí hay dos cosas: la una, queriendo seguir vuestra voluntad, y la otra, queriéndola contradecir; que si la contradecimos, tomaréis enojo, así como por la mayor parte los reyes lo hacen, que con el su gran poder querrian contentar é satisfacer sus opiniones, no seyendo increpados ni contrariados de aquellos que mandar pueden. La otra, que si la otorgamos; poneisnos á todos en gran condicion con Dios y con su justicia, y con el mundo en gran deslealtad é alevé, que por nos se ha otorgado que vuestra hija, siendo heredera destos reinos despues de vuestros dias, los pierda porque aquel mesmo derecho, é aun mas fuerte, tiené ella á ellos que vos tovistes de los haber del Rey vuestro hermano. Pues mirad bien, Señora, que tanto sintierades vos al tiempo que vuestro hermano murió, haciendo á vos extraño de lo que de razon haber debíades, lo diera á otro que le no pertenecia; é si por ventura vuestra intencion es, haciendo á Oriana emperatriz é á Leonoreta señora destos vuestros reinos, á entrambas las dejais muy grandes é muy honradas señoras; é si lo mirais todo por razon, puede al contrario salir; que no pudiendo vos de derecho remover la orden de vuestros antecesores, que fueron señores destos reinos, quitando ni acrecentando, el Emperador, teniendo por mujer á Oriana, vuestra hija, terná por sí el derecho de los heredar con ella, é como es poderoso, si vos faltádes, no con mucho trabajo los podria tomar; así que, entrambas seyendo desheredadas, seria esta tierra tan honrada y señalada en el mundo sujeta á los emperadores de Roma, sin que Oriana en ella mas mando toviese de lo que le fuese otorgado por el Emperador; de manera que de señora la dejais sujeta; é por esto, mi señor, si Dios quisiere, yo me excusaré de dar consejo á quien muy mejor que yo sabe lo que hacer debe. —Tío, dijo el Rey, bien entiendo lo que me decis; pero mas me ploguiera que me loárades vos y ellos esto que tengo dicho é prometido á los romanos, pues que en ninguna guisa dello no me puedo retraer. —En eso no os detengais, dijo el Conde; que todas las cosas consisten en el cómo se han de hacer é asegurar, é allí, guardando vuestra vergüenza é palabra, honestamente podeis desviar ó allegar lo que mejor vos estoviere. —Bien decis, dijo el Rey, é por agora no se hable mas. Así se desbarató aquel consistorio, y fueron á sus posadas.

E los marineros que en las fustas de la hermosa Grasinda venian, donde estaba el caballero Griego, y don Bruneo de Bonamar é Angriote de Estravaus, que por la mar navegaban, como ya oistes, devisaron una mañana la montaña que Tagádes había nombre, por donde se llamó así la villa do era el rey Lisuarte, que al pié de la montaña estaba, é fueron donde su señora estaba hablando con el caballero Griego é con sus compañeros, é dijéronles: «Señores, dadnos albricias; que si este viento no se cambia, antes de una hora seréis arribados en el puerto de Tagádes, donde ir quereis.» Grasinda fué muy leda, y el caballero Griego asimesmo, y fuéronse todos al borde de la nao, é miraban con gran gozo aquella tierra que tanto ver deseaban, é Grasinda daba muchas gracias á Dios por la así haber guiado, é con mucha homildad le rogaba que endere-

zase su hacienda y la ficiere ir de allí con la honra que deseaba. Mas del caballero Griego os digo que mucho folgaban sus ojos en ver aquella tierra donde era su señora, de quien tanto tiempo tan alongado andoviera, y no pudo tanto resistir que las lágrimas no le viniesen, é volvió el rostro de Grasinda porque se las no viese, é alimpiólas lo mas cobierto que pudo, é faciendo buen semblante, se volvió á ella é díjole: «Mi señora, tened esperanza; que iréis desta tierra con la hora que deseais, que yo muy esforzado estoy viendo la vuestra gran fermosura, que me face cierto de tener el derecho é razon de mi parte; y pues Dios es el juez, querrá que así lo sea la honra.» Grasinda, que temerosa estaba, como quien ya al estrecho era llegada, esforzóse mucho é díjole: «Caballero Griego, mi señor, mucha mas fucia tengo yo en vuestra buena ventura é buena dicha que en la fermosura que decis; é aquello teniendo vos en la memoria, hará que vuestro buen prez se adelante, como en todas las otras grandes cosas que con ello habeis acabado, é á mí la mas alegre é cuantas viven. —Dejémoslo á Dios, dijo él; fablemos de lo que conviene que se haga.» Entonces llamaron á Grinfesa, una doncella fija del mayordomo, que era buena y entendida, é sabia ya cuanto del lenguaje francés, el cual el rey Lisuarte entendia, é diéronle un escrito en latin, que de ante tenia fecho, para que lo diese al rey Lisuarte é á la reina Brisena, é mandáronle que no hablase ni respondiese sino por el lenguaje francés en tanto que entre ellos estoviese, é que tomando la respuesta, se volviese á las fustas. La doncella, tomando el escrito, se fué á la cámara de su señora, é vistióse unos paños muy ricos é fermosos, é como ella era en floreciente edad é asaz fermosa, pareció muy bien é apuesta á los que la miraban. E su padre el mayordomo mandó sacar de una fusta palafrenes é caballos muy bien guarnidos, é los marineros lanzaron un batel en el agua, é tomaron la doncella é dos sus hermanos buenos caballeros, é dos escuderos que las armas les llevaban, é pasáronlos prestamente en tierra contra la villa, y el caballero Griego mandó sacar de la mar en otro batel á Lasindo, escudero de don Bruneo, é díjole que se fuese por otro camino á la villa, é preguntase si allá sabian nuevas de su señor, diciendo que él quedara doliente en su tierra al tiempo que don Bruneo se metió en la demanda de Amadís, é que con este achaque punase mucho en saber qué recaudo se le daba á su doncella, é que en todo caso se volviese á él á la mañana, que él faria que con un batel lo atendiesen. Lasindo se partió dél é fué á recabar su mandado.

E dígoos de la doncella, cuando entró por la villa, que todos habian placer de la mirar, é decian que á maravilla venia bien guarnida é acompañada de aquellos dos caballeros; é ella iba preguntando dó eran los palacios del Rey. Pues así acació, que el fermoso doncel Esplandian é Ambor de Gadel, fijo de Angriote, que por mando de la Reina allí estaban para la servir en tanto que aquella gente extraña allí estoviese, salian ambos á caza de esmerejones, y encontraron la doncella; é como viesan que preguntaba por los palacios del Rey, dió Esplandian el esmerejon á Sargil, é

fuése para ella, que la vió extrañamente vestida, é díjole por lenguaje francés: «Mi buena señora, yo os guiaré, si os ploguiere, é vos mostraré al Rey, si lo no conoceis.» La doncella lo cató, é fué muy maravillada de su gran fermosura é buen donaire, tanto, que á su parecer nunca en su vida viera hombre ni mujer tan fermoso, é dijo: «Gentil doncel, á quien Dios haga tan bienaventurado como fermoso, mucho os lo gradezco lo que me decis, é á Dios, que con tan buen aguardador me encontró.» Entonces su hermano dió la rienda al doncel, y él tomándola, se fué con ellos fasta llegar al palacio. Y á esta sazón estaba el Rey en el corral debajo de unos portales muy bien labrados, é con él muchos hombres buenos é todos los de Roma, y entonces acababa de les prometer á su fija Oriana para que la llevasen al Emperador, y ellos de la recibir por su señora. E la doncella, siendo ya apeada de su palafren, entró por la puerta, llevándola de la mano Esplandian, é sus hermanos con ella, é como llegó al Rey, fincó los hinojos é quisole besar las manos, mas él no las dió, porque lo no acostumbraba sino cuando facia merced señalada á alguna doncella, é dándole la carta, le dijo: «Señor, menester es que la oya la Reina é todas sus doncellas, é si por ventura las doncellas se enojaren de oír lo que ende viene, procuren de haber de su parte algun buen caballero, como la mi señora trae, por cuyo mandado aquí vengo.» El Rey mandó al rey Arban de Norgales é á su tío el conde Argamonte que fuesen por la Reina, é trajesen consigo todas las infantas é doncellas que en su palacio eran. Esto fué así hecho, que la Reina vino con tanta compañía de señoras, así de fermosura como guarnidas ricamente, cual en todo el mundo á duro se podria fallar, é sentóse cerca del Rey, é las infantas é todas las otras en derredor della. La doncella mandadera fué á besar las manos á la Reina é díjole: «Señora, si mi demanda extraña os pareciere, no os maravilleis, pues que para semejantes cosas extremó Dios esta vuestra corte de todas las del mundo, y esto causa la gran bondad del Rey é vuestra; é pues aquí se falla el remedio que en otras partes fallece, oid esta carta, é otorgad lo que por ella se os pide, é vernán á vuestra corte una hermosa dueña y el valiente caballero Griego que la guarda.» El Rey mandóla leer, é decia así:

«Al muy alto é honrado Lisuarte, rey de la Gran Bretaña, yo Grasinda, señora de la hermosura de todas las dueñas de Romanía, mando besar las vuestras manos, é fágooos saber, mi señor, en cómo yo soy venida en vuestra tierra en guarda del caballero Griego; é la causa dello es, porque así como yo fuí juzgada por la mas hermosa dueña de todas las de Romanía, así siguiendo aquella gloria que mi corazon tan ledo fizo, lo quiero ser mas que ninguna de cuantas doncellas en vuestra corte son, porque con el vencimiento de las unas é de las otras yo pueda quedar en aquella holganza que tanto deseo; é si tal caballero hobiere que por alguna de vuestras doncellas esto quiera contradecir, aparéjese á dos cosas: la primera, á la batalla con el caballero Griego, é la otra, poner en el campo una rica corona, como la yo trayo, para que el vencedor la pueda, en señal de haber ganado aquella

LC.

vitoria, dar á aquella por quien se combatiere. E, muy alto Rey, si esto á que yo vengo os place que en efeto venga, mandadme segurar con toda mi compañía, é al caballero Griego; si no, solamente de aquellos que con él la batalla querrán haber; é si el caballero que por las doncellas se combatiere fuere vencido, venga el segundo así, ó así el tercero; que á todos manterná campo con la su alta bondad.»

Leida la carta, el Rey dijo: «Así Dios me salve, yo creo que la dueña es muy hermosa y el caballero no se precia poco de armas; mas, como quiera que ello sea, ellos han comenzado gran fantasía de que sin su daño se podrian excusar; pero las voluntades de las personas son en diversas maneras, y en ellas ponen sus razones, é no dudan las aventuras que les podrán venir; é vos, doncella, os podeis ir, é yo mandaré pregonar la seguridad, como lo pide vuestra señora; así que, ella podrá venir cuando le placera, é si no fallare quien su demanda contradiga, habrá satisfecho su voluntad. —Mi señor, dijo ella, vos respondeis así como lo atendiamos; que de vuestra corte ninguno con razon puede ir con querella; é porque el caballero Griego trae consigo dos compañeros que justas demandan, es menester que la misma seguridad hayan. —Así sea, dijo el Rey. —En el nombre de Dios, dijo la doncella, pues mañana los veréis en vuestra corte; é vos, mi señora, dijo á la Reina, mandad estar vuestras doncellas donde vean cómo su honra se adelanta ó menoscaba por sus aguardadores; que así lo hará mi señora, é á Dios seais encomendada.» Entonces se despidió dellos é se fué á las barcas, donde con gran placer fué recibida, é contándoles cómo habia su mensaje librado, mandaron luego sacar de las fustas sus armas é caballos, é ficiéron armar una muy rica tienda é dos tendejones en la ribera de la mar; mas aquella noche no salió en tierra sino el mayordomo con algunos sirvientes para la guarda dello.

E agora sabed que al tiempo que la doncella mandadera de Grasinda se partió del rey Lisuarte é de la Reina con el recaudo que ya oistes, Salustanquidio, cohermano del emperador de Roma, que presente estaba, se levantó en pié, é bien cien caballeros romanos con él, é dijo al Rey en alta voz así, que todos lo oyeron: «Mi señor, yo y estos hombres buenos de Roma que aquí ante vos somos os queremos pedir un don, que será vuestra pro, é honra nuestra. —Mucho me place de os dar cualquier don que demandádes, dijo el Rey, ende mas tal como el que decis. —Pues dadnos, dijo Salustanquidio, que podamos tomar la demanda por las doncellas, que muy mejor recaudo darémos della que los caballeros desta vuestra tierra; porque nosotros é los griegos nos conocemos bien, é mas nos temerán solamente por el nombre de romanos que por el hecho é obra de los de acá.» Don Grumedan, que allí estaba, se levantó en pié, é fué ante el Rey é dijo: «Señor, como quiera que grande honra sea á los príncipes venir las extrañas aventuras á sus cortes, é mucho sus honras é reales estados acreciente, muy presto se podrian tornar en deshonoras é menguas si no son con buena discrecion recibidas é gobernadas; y esto digo yo, Señor, por este caballero Griego que

17

nuevamente con tal demanda es venido; é si su gran soberbia hobiese lugar á que por él fuesen vencidos aquellos que en vuestra corte contradecir le quisiesen, aunque el peligro é daño fuese suyo dellos, la honra é mengua vuestra sería; así que, Señor, paréceme que sería bien, antes que por vos ninguna cosa se determine, que espereis á don Galaor é á Norandel, vuestro fijo, que, segun he sabido, serán aquí dentro de cinco días, y en este tiempo será mejorado don Guilan el cuidador é podrá tomar armas, y estos tomarán la empresa de forma que vuestra honra é la suya sea guardada.— Eso no puede ser, dijo el Rey; que ya les he el don otorgado, é tales son, que á mayor fecho que este darán buen fin.— Bien puede ser, dijo don Grumedan; mas yo faré que las doncellas, á que esto atañe, no lo otorguen.— Dejadvos eso, dijo el Rey; que todo lo que yo fago por las doncellas é mi casa fecho es; demás esto que á mí es demandado.» Salustanquidío fué á besar las manos al Rey, é dijo á don Grumedan: «Yo pasaré esta batalla á mi honra é de las doncellas, é pues vos, don Grumedan, en tanto tenéis esos caballeros que decis é á vos, creyendo que mejor ellos que nosotros la pasarian, si tal de la batalla saliere que armas pueda tomar, yo tomaré dos compañeros é me combatiré con esos é con vos; é si yo no podiere, daré otro en mi lugar, que ligeramente me podrá excusar.— En el nombre de Dios, dijo don Grumedan, yo tomo esta batalla por mía é por aquellos que conmigo entrar quisieren.» E sacando un anillo de su dedo, lo tendió contra el Rey é dijo: «Señor, veis aquí mi gaje por mí é por los que conmigo metiere en la batalla; é pues esto por ellos se demandó, no lo podeis negar de derecho si se no otorgan por vencidos.» Salustanquidío dijo: «Antes las mares serán secas que palabra de romano se torne atrás, sino á su honra; é si á vuestra vejez se os quitó el seso, el cuerpo lo pagará si lo en la batalla metiérdes.— Ciertamente, dijo don Grumedan, no soy tan mancebo que no haya asaz de días, y esto, que vos pensais que me será contrario, esto tengo por mayor remedio; que con ellos he visto muchas cosas, entre las cuales sé que la soberbia nunca hobo buena fin, é así espero yo que os acaecerá, pues que, segun vuestra alabanza, sois capitán é caudillo della.»

El rey Arban de Norgales se levantó para responder á los romanos, é bien treinta caballeros que las aventuras demandaban con él, é mas otros ciento; mas el Rey, que lo conoció, tendió una vara, é mandóles que en aquello no hablasen, é así lo mandó á don Grumedan. El conde Argamonte dijo al Rey: «Mandad, Señor, á los unos é á los otros que se vayan á sus posadas; que mengua es vuestra pasar ante vos tales razones.» Y el Rey así lo hizo, y el Conde le dijo: «¿Qué os parece, Señor, de la locura desta gente romana, que así amenguan á los de vuestra corte, no os teniendo ningún acatamiento? Pues ¿qué harán estando en su tierra, ó en qué vuestra fija será tenida; que me dicen, Señor, que se la habeis ya prometido? No sé qué engaño es este; hombre tan cuerdo é que tantas buenas venturas por el querer de Dios ha habido, é por el vuestro buen seso, en lugar de le dar gracias por ello, quereis-

le tentar y enojar; catad que muy presto podría hacer que la fortuna su rueda revolviere, é cuando así es enojada de aquellos á que muchos bienes fizo, no con un azote solo, mas con muchos muy crueles los castiga; é como las cosas deste mundo sean transitorias é perecederas, no tura mas la gloria é la fama dellas de cuanto ante los ojos andan; ni es juzgado cada uno sino como al presente le ven, que todas aquellas buenas venturas é vuestra grande alteza en que sois agora serian en olvido puestas, somidas so la tierra si la fortuna vos fuese contraria; é si alguna recordacion dellas se hobiese, no sería sino para que, culpándoos en lo pasado, os menguasen en lo presente. Acuérdeseos, Señor, del yerro tan grande que sin causa ninguna fecistes en apartar de vuestra casa tan honrada caballería como lo era Amadis de Gaula, é sus hermanos é los de su linaje, é otros muchos caballeros que por causa suya os dejaron, con que tan honrado é temido por todo el mundo érades, é casi no siendo aun salido de aquel yerro, ¿quereis entrar en otro peor? Pues esto no os viene sino á gran parte de soberbia; que si así no fuese, temeríades á Dios é tomaríades consejo de los que os han de servir lealmente; é yo, Señor, con esto descargo aquella fe é vasallaje que os debo, é quierome ir á mi tierra; que si Dios quisiere, no veré yo los llantos é amarguras que vuestra fija Oriana fará al tiempo que la entreguédes; que me han dicho que para ello la mandais venir de Miraflores.— Tío, dijo el Rey, no fableis mas en esto que es hecho, é desfacer no se puede, é ruégoos que os detengais fasta tercero dia por ver á qué fin vernán estas batallas que aquí son puestas, é seréis juez dellas con otros caballeros cuales quisiérdes; esto faced, porque mejor que hombre de mi tierra entendeis el lenguaje griego, segun el tiempo que en Grecia morastes.» Argamon le dijo: «Pues así os place, yo lo faré; pero pasadas las batallas, no me deterné mas; que no lo podría sufrir.» Quedando la habla, se fué el Conde á su posada y el Rey quedó en su palacio.

Lasindo, el escudero de don Bruneo, que por mandado del caballero Griego allí viniera, aprendió bien todo lo que ante el Rey pasara despues que la doncella de allí partiera, é fuése luego á las naos, é contó cómo los romanos pidieran al Rey las batallas, y él se las otorgara, é las palabras que Grumedan pasó con Salustanquidío, é cómo tenían su batalla aplazada, é todas las otras que ya oistes que allí pasaron. E asimismo dijo cómo el Rey habia enviado por su fija Oriana para la entregar á los romanos tanto que las batallas pasasen. Cuando el caballero Griego oyó decir que los romanos habian de facer las batallas é se habian de combatir por las doncellas fué muy ledo, porque lo que él mas dudaba en aquella afrenta era pensar que su hermano don Galaor tomara aquella batalla por las doncellas; que esto tenia él en mas que otra afrenta que le venir podiese, porque don Galaor fué el caballero que en mas estrecho le puso que ninguno con quien él se combatiera, aunque gigante fuese, así como lo cuenta el primer libro desta historia, que bien creia que si en la corte se fallara que como el mas preciado en armas de todos los que en ella habia tomara esta requesta, de la cual no podia redundar sino de dos cosas la una: ó mo-

rír él, ó matar á su hermano don Galaor, que antes sofriera la muerte que otorgar cosa que á mengua le tornase; é por esto fué ledo en saber que en la corte no era, é demás desto, porque no se habia de combatir con ninguno de sus amigos que en la corte eran; é dijo á Grasinda: «Señora, en la mañana oyamos misa en aquella tienda, é guisadvos muy apuestamente, é llevad las doncellas que os ploguiere bien ataviadas, é irémos á dar cabo en esto en que estamos; que fio en la merced de Dios alcanzaréis aquella honra por vos tanto deseada, é porque á esta tierra venistes.» Con esto se acogió Grasinda á su cámara, y el caballero Griego é sus compañeros á su fusta.

CAPITULO XVII.

De cómo el caballero Griego é sus compañeros sacaron del mar á Grasinda, y la llevaron con su compañía á la plaza de las batallas, donde su caballero habia de defender su partido, cumpliendo su demanda.

De la mar sacaron á Grasinda con cuatro doncellas, é fuéronse á oír misa á la tienda, y de allí sacaron ellos todos tres armados en sus caballos, é Grasinda tan apuesta ella é su palafren de paños de oro é de seda con perlas é piedras tan preciadas, que la mayor emperatriz del mundo no pudiera mas llevar, porque esperando ella siempre aquel dia en que estaba, mucho antes se apercebía de tener para ello las mas hermosas é ricas cosas que pudo haber, como gran señora que era, que no teniendo marido ni hijos ni gente, é siendo abastada de gran tierra é renta, no pensaba en lo gastar salvo en esto que ois, é sus doncellas asimismo de preciosas ropas vestidas; é como Grasinda de su natural hermosa fuese, aquellas riquezas artificiales tanto la acrecentaban, que por maravilla lo tenían todos los que la miraban, é gran esfuerzo daba su parescer á aquel que por ella se habia de combatir; é llevaba encima de su cabeza solamente la corona, que en señal de ser mas hermosa que todas las dueñas de Romanía habia ganado como ya oistes; y el caballero Griego la llevaba de rienda, é armado de unas armas que Grasinda le mandara facer, é la loriga era tan alba como la nieve, é las sobreseñales de la misma librea é colores que Grasinda era vestida, é abrochábase de una y de otra parte con cuerdas tejidas de oro, y el yelmo y escudo eran pintados de las mismas señales de la sobrevista; é don Bruneo llevaba unas armas verdes y en el escudo habia figurada una doncella, é ante ella un caballero armado de ondas de oro é de cárdeno, é semejava que le demandaba merced; é Angriote de Estravaus iba en un caballo recio é ligero, é llevaba unas armas de veros de plata é de oro, é llevaba por la rienda á la doncella que ya oistes que fuera al Rey con el mensaje, é don Bruneo llevaba otra su hermana, é todos llevaban los yelmos enlazados, y el mayordomo é sus fijos con ellos. Con tal compañía llegaron á una plaza en cabo de la villa donde las batallas se acostumbraaban facer. En medio de la plaza habia un padron de mármol, alto como un estado de hombre, é los que justas é batallas allí venian á demandar ponian sobre él el escudo, ó yelmo, ó ramo de flores, ó guante en señal dello. E llegado allí el caballero Griego é su compañía, vieron

al Rey al un cabo del campo, é al otro los romanos, y entre ellos á Salustanquidío con unas armas prietas, é por ellas unas sierpes de oro é de plata, y era tan grande, que parecía un gigante, y estaba en un caballo muy crecido á maravilla. La Reina estaba á sus finiestras, é las infantas cabe ella, é Olinda la hermosa, que entre sus ricos atavíos tenia encima de sus hermosos cabellos una rica corona.

Quando el caballero Griego llegó al campo vió á la Reina é las infantas é otras dueñas é doncellas de gran guisa, é como no vió á su señora Oriana, que entre ellas ver solia, estremeciésele el corazón con soledad della, é cuando vió estar á Salustanquidío bravo é fuerte tornó el rostro contra Grasinda, é vióla estar ya cuanto desmayada é dijo: «Mi señora, no os espanteis por ver hombre tan desmesurado de cuerpo; que Dios será por vos, é yo os faré ganar aquello que á vuestro corazón holganza dará. Así plega á él por la su piedad, dijo ella.» Entonces le tomó él la rica corona que en la cabeza tenia, é fué su paso en su caballo, é púsola encima del padron de mármol, é de ahí tornóse luego ado estaban sus escuderos, que le tenían tres lanzas muy fuertes, con pendones muy ricos de diversas colores, é tomando la que mejor le pareció, echó su escudo al cuello, é fuése do el Rey estaba é dijo: «No habiéndosele olvidado el lenguaje griego: «Sálvete Dios Rey, yo só un caballero extraño que del imperio de Grecia vengo con pensamiento de me probar con tus caballeros, que tan buenos son; é no por mi voluntad, mas por la de aquella que en este caso mandar me puede; agora, guiándolo mi dicha, paréceme que la requesta será entre mí é los romanos; mandaldes que pongan en el padron la corona de las doncellas, así como contigo mi doncella lo asentó.» Entonces blandió la lanza recio é arremetió su caballo cuanto pudo, y púsose al un cabo del campo. El Rey no entendió lo que le dijo; que no sabia el lenguaje griego; pero dijo á Argamon, que cabe él estaba: «Seméjame, tío, que aquel caballero no querrá la mengua para sí, segun parece.— Cierito, Señor, dijo el Conde, aunque aquí alguna vergüenza pasáredes por estar esta gente de Roma en vuestra casa, muy ledo sería en que algo de su soberbia quebrantada fuese.— No sé lo que será, dijo el Rey; mas creo que hermosa justa se apareja.» Los caballeros é la otra gente de la casa del Rey, que vieron lo que el caballero Griego hiciera, maravilláronse, é decian que nunca vieran tan apuesto ni tan fermoso caballero armado sino Amadis. Salustanquidío, que cerca estaba, é vió cómo toda la gente tenían los ojos en el caballero Griego é lo loaban, dijo con gran saña: «¿Qué es eso, gente de la Gran Bretaña? ¿Por qué os maravillais en ver un caballero griego loco, que no sabe al sino trebejar por el campo? Bien parece que los no conocéis como nosotros, que como al fuego el nombre romano temen; que es señal de haber visto ni pasado por vosotros grandes hechos de armas, cuando deste tan pequeño os espantais; pues ahora veréis cómo aquel que tan fermoso armado é á caballo os parece, cuán frio é deshonorado en el suelo os parecerá.»

Entonces se fué á la parte donde la Reina estaba, é dijo contra Olinda: «Mi señora, dadme esa vuestra co-

rona; que vos sois la que yo amo é precio sobre todas; dádmela, mi señora, é no dudeis; que yo os la tornaré luego con aquella que en el padron está, é con ella entraréis en Roma; que el Rey é la Reina serán contentos que os yo con Oriana lleve, é os haga señora de mí é de mi tierra.» Olinda, que esto oía, no tovo en nada sus locuras, y estremeciósese el corazon é las carnes, é vínole una color viva al rostro, pero no le dió la corona. Salustanquidio, que así la vió, dijo: «No temais, mi señora, de me dar la corona; que yo faré que quedando vos con esta honra, sin ella vaya de aquí aquella dueña loca que la quiso poner en la fuerza de aquel griego cobarde.» Mas por todo esto Olinda nunca se la quiso dar, hasta que la Reina se la tomó de la cabeza é se la envió; é tomándola en su mano, la fué poner en el padron cabe la otra, é tomando sus armas á gran priesa, é diéronselas presto tres caballeros de Roma, é tomó su escudo y echóle al cuello, é puso el yelmo en su cabeza, é tomando una lanza mas gruesa que otra, con un fierro grande é agudo, se aseogó en su caballo, é como se vió tan grande é tan bien armado, é que todos le miraban, crecióle el esfuerzo é la soberbia, é dijo contra el Rey: «Agora quiero que vean vuestros caballeros la diferencia dellos y de los romanos; que yo venceré aquel griego; é si él dijo que veniendo á mí, se combatiría con dos, yo me combatiré con los dos mejores que él trae, é si el esfuerzo les faltare, entre el tercero.» Don Grumedan, que estaba herviendo con saña en oír aquello y en ver la paciencia del Rey, dijole: «Salustanquidio, ¿olvidaseos la batalla que habeis de haber conmigo, si desta escapais, que demandeis otra?—Ligero es eso de pasar,» dijo Salustanquidio; y el caballero Griego dijo á altas voces: «Bestia mala, desemejada, ¿qué estás hablando? ¿cómo dejas pasar el día? Entiende en lo que has de hacer.» Cuando esto oyó volvió el caballo contra él, é movieron uno contra otro á gran correr de los caballos, las lanzas bajas é cubiertos de sus escudos; los caballos eran ligeros é corredores, é los caballeros fuertes é sañudos; juntáronse ambos en medio de la plaza, é ninguno faltó de su golpe, y el caballero Griego lo firió so el brocal del escudo, é falsóelo, é la lanza topó en unas hojas fuertes, é no las pudo pasar; mas pujólo tan fuertemente, que lo echó fuera de la silla; así que, todos fueron maravillados. E pasó por él muy apuesto, llevando la lanza de Salustanquidio metida por el escudo é por la manga de la loriga; así que, todos pensaron que iba ferido, mas no era así; é tirando la lanza del escudo, la tomó á sobremano, é fuése donde estaba Salustanquidio, é vióle que no bullía é yacia como muerto; é no era maravilla, que él era grande y pesado, é cayera del caballo, que era alto, é las armas pesadas y el suelo duro; así que, todo fué causa de le llegar cerca de la muerte, como lo estaba; é sobre todo, hobó el brazo siniestro, sobre que cayera, quebrado cabe la mano, é las mas costillas movidas de su lugar. El caballero Griego, que pensó que mas esforzado estaba, paróse sobre él así á caballero, é púsole el fierro de la lanza en el rostro, que el yelmo le cayera de la cabeza con la fuerza de la caída, é dijole: «Caballero, no seais de tan mal talante en no otorgar las coronas

de las doncellas á aquella hermosa dueña, pues que las merece.» Salustanquidio no respondió, é dejándole allí, se fué para el Rey, é dijo en su lenguaje: «Buen Rey, aquel caballero, aunque ya está sin soberbia, no quiere otorgar las coronas á aquella señora que las atiende, ni las quiere defender ni responder; otorgaldas vos por juicio, como es derecho; si no, cortarle he la cabeza, é serán las coronas otorgadas.»

Entonces se tornó donde el caballero estaba, y el Rey, que preguntó lo que dijera, y el Conde, su tio, se lo hizo entender, dijole: «Vuestra es la culpa en dejar morir á aquel caballero ante vos, pues no puede defenderse; con derecho podeis juzgar las coronas para el caballero Griego.— Señor, dijo don Grumedan, dejad al caballero haga lo que quisiere; que en los romanos hay mas artes que en la raposa; que si él vive dirá que aun estaba en disposicion de mantener la batalla si os no aquejádades tanto en el juicio.» Todos se reian de lo que don Grumedan dijo, é á los romanos les quebraban los corazones; y el Rey, que vió al caballero Griego descender del caballo y querer cortar la cabeza á Salustanquidio, dijo á Argamonte: «Tio, acorred presto, é decilde que se sofra de lo matar, é que tome las coronas, que yo gelas otorgo, é las dé donde debe.» Argamonte fué contra él, dando voces que oyese mandado del Rey. El caballero Griego tiróse afuera é puso la espada sobre el hombro. En esto llegó el Conde é dijole: «Caballero, el Rey vos ruega que por él vos sofráis de matar ese caballero, é mándaos que tomeis las coronas.— Pláceme, dijo él, é sabed, Señor, que si me yo combatiese con algun vasallo del Rey no lo mataria, si por otra cualquier guisa podiese acabar lo que comenzase; mas á los romanos matarlos é deshonrarlos he, como á malos que ellos son, siguiendo las falsas maneras de aquel soberbio emperador, su señor, de quien todos ellos aprenden á ser soberbios é á la fin cobardes.» El Conde se tornó al Rey é dijole cuanto el caballero dijera, y el caballero cabalgó en su caballo, é tomando del padron ambas las coronas, las llevó á Grasinda, é púsole en la cabeza la corona de las doncellas, é la otra dióla á una su doncella que la guardase. El caballero Griego dijo á Grasinda: «Mi señora, vuestro hecho es en el estado que deseábades, é yo, por la merced de Dios, quito del don que os prometí; idvos, si os ploguiere, á las tiendas á folgar; é yo atenderé si los romanos, con este pesar que han habido, saldrán al campo.— Mi señor, dijo ella, yo no me partiré de vos por ninguna guisa; que no puedo yo haber mayor descanso ni folgura en cosa que en ver vuestras grandes caballerías.— Hágase, dijo él, vuestra voluntad.» Entonces arremetió el caballo, é fallólo recio é holgado, que poco afan llevara aquel día; y echó su escudo al cuello, é tomó una lanza con un pendon muy hermoso, é llamó á la doncella que allí viniera con el mensaje de Grasinda, é dijole: «Amiga, id al Rey é decilde que ya sabe cómo quedó que si de la primera batalla yo quedase para me poder combatir, que ternia campo á dos caballeros que juntos á mí viniesen, é agora conviémeme complir aquella locura; y que le pido de merced que no mandé combatir conmigo ninguno de sus caballeros, porque ellos son tales, que no ganarian honra

conmigo en me vencer; mas déjeme con los romanos, que han comenzado sus batallas, y verá si por yo ser griego los temeré.» La doncella se fué al Rey, é por el lenguaje francés le dijo aquello que el caballero Griego le mandara decir. «Doncella, dijo el Rey, á mí no me place que ninguno de mi casa ni de mi señorío se combata con él; él lo ha pasado hoy á su honra, é yo le precio mucho, é si le ploguiere quedar conmigo, facerle-hia mucho bien; é á los de mi corte é tierra defendiendo yo que lo dejen, que en al tengo que facer; pero los romanos, que son sobre sí, hagan lo que les ploguiere.» Esto decia el Rey porque tenia mucho que facer en la partida de Oriana, su hija, é porque no tenia á esa sazón en su corte ninguno de sus preciados caballeros, que por no ver la crueza é sinrazón que á su hija hacia, de allí se habian partido. Solamente eran en la corte don Guilan el cuidador, que doliente estaba, é Cendil de Ganota, que las piernas tenia pasadas de una flecha con que le hirió Brondajel de Roca, romano, en un monte que el Rey corria por dar á un venado.

Oida la respuesta por la doncella que el Rey le dió, dijole: «Señor, muchas mercedes hayais del bien y merced que al caballero Griego faceis; mas sed cierto que si él en Grecia quisiese quedar con el Emperador, todo lo que él demandara le fuera otorgado; pero su voluntad no es sino de andar suelto por el mundo, socorriendo á las dueñas é doncellas que tuerto reciben, é á otros muchos que se lo piden justamente; y en estas cosas é otras que siempre se le descubren ha fecho tanto, que no tardará de venir á vuestra noticia, por do en mucho mas de vos, Señor, é de los otros que no lo conocen será tenido ypreciado.— Si Dios vos salve, doncella, decidme de quién será ese mandado.— Cierito, Señor, yo no lo sé; pero sé que su fuerte corazon de alguna cosa es sojuzgado; creo que no será sino de alguna que en extremo ama, que debajo de su señorío es puesto; é á Dios quedad encomendado, que á él me vuelvo con esta respuesta, é quien lo quisiere, allí en este campo lo fallará hasta mediodía.» Oida la respuesta, el caballero Griego fuése yendo á paso contra donde Grasinda estaba, é dió al uno de los lijos del mayordomo el escudo, é al otro la lanza, é no se quitó el yelmo por no ser conocido; é dijo al que le tomara el escudo que lo fuese poner encima del padron, y que dijese que el caballero Griego lo mandara poner contra los caballeros de Roma para atender lo que habia prometido; y él tomó á Grasinda por la rienda y estovo con ella hablando.

Habia entre los romanos un caballero que despues de Salustanquidio en mayor prez de armas lo tenian, que Maganil habia nombre, é bien pensaban ellos que dos caballeros de aquella tierra no le ternian campo; y él traia dos hermanos consigo, otrosí buenos caballeros; é como el escudo fué en el padron puesto, miraban los romanos á este Maganil, como que dél esperaban la honra é la venganza; pero él les dijo: «Amigos, no me mireis, que no puedo en aquello facer ninguna cosa; que yo tengo prometido al príncipe Salustanquidio, si saliese de su batalla en guisa que se combatir no podiese, que tomaré á mi cargo la batalla

de don Grumedan, é mis hermanos conmigo; é si él no osare combatir con nosotros é sus compañeros, que por él la he de tomar, entonces yo os vengaré del caballero.» Y ellos estando así hablando, vinieron dos caballeros de su compaña, romanos, bien armados de ricas armas y en hermosos caballos; al uno decian Gradamor é al otro Lasanor (1), é ambos eran hermanos é sobrinos de Brondajel de Roca, hijos de su hermana, que era brava é soberbia, é así lo era el marido é los hijos, por causa de lo cual eran muy temidos de los suyos, é por ser sobrinos de Brondajel, que era mayordomo mayor del Emperador; y estos llegados al campo, como ois, sin fablar ni se homillar al Rey fuéronse al padron, y el uno dellos tomó el escudo del caballero Griego, é dió con él tal golpe en el padron, que lo hizo pedazos, é dijo en voz alta: «Mal haya quien consiente que delante romanos se ponga escudo de griego contra ellos.»

El caballero Griego, cuando su escudo vió quebrado, fué tan sañudo, que el corazon le ardia con saña, é dejando á Grasinda, fué á tomar la lanza que el escudero le tenia, é no se curó de escudo, aunque Angriote le decia que tomase el suyo, é dejósese ir á los caballeros de Roma, y ellos á él, é hirió de la lanza al que le quebrara el escudo tan duramente, que lo lanzó de la silla, é de la caída le saltó el yelmo de la cabeza; así que, quedó tollido sin se poder levantar, é todos pensaron que muerto era, é allí perdió la lanza el caballero Griego, y echó mano á su espada, é volvió á Lasanor, que de grandes golpes le heria, é dióle por cima del hombro é cortóle las armas é la carne fasta los huesos, é fizole caer la lanza de la mano, é dióle otro golpe por cima del yelmo, que perdiendo las estriberas, le hizo abrazar á la cerviz del caballo; é como así lo vió, pasó presto la espada á la mano siniestra, é trabóle del escudo y llevóselo del cuello, y el caballero cayó en el campo, mas levantóse luego, con el temor de la muerte, é vió á su hermano que estaba á pié, la espada en la mano, é fuése juntar con él; y el caballero Griego, temiendo que el caballo le matarian, descabalgó dél, y embrazó su escudo, que él tomara, é con su espada se fué para ellos, é firiólos tan recio, que los hermanos no lo podieron sufrir ni tener campo; así que, los que le miraban se espantaban de le ver tan valiente, que en poco los estimaba; allí hizo él conocer á los romanos su bondad, é la flaqueza dellos, é dió luego á Lasanor un golpe en la pierna siniestra, que no se pudo tener, pidiéndole merced; mas él hizo que lo no entendia, é dióle del pié en los pechos, é lanzóle en el campo tendido, é tornó contra el otro que el escudo le quebrara, mas no le osó atender, que mucho dudaba la muerte que contra él venia; é fuése adonde el Rey estaba, pidiéndole merced á altas voces que no lo dejase matar. Mas aquel que le seguia se le paró delante, é á grandes golpes que le dió le hizo tornar al padron,

(1) El texto que seguimos llama á este caballero *Lasanor*; mas como hubo en la corte del rey Lisuarte otro de su mismo nombre (página 138), que yendo escoltando á la infanta Leonoreta, justó con Amadís y fué vencido, hemos creído deber corregir *Lasanor*, segun está impreso, con tanto mas motivo, quanto este nombre ocurre despues escrito con *n*.

é cuando á él llegó andaba al derredor por se guardar de los golpes; y el caballero Griego, que gran saña tenía, quería herir, é á las veces acertaba en el padron, que de piedra muy dura era, é facia dél y de la espada salir llamas de fuego; é como le vió cansado, que ya no se mudaba, tomóle entre sus brazos, é apretóle tan fuerte, que de toda su fuerza lo desapoderó, y dejolo caer en el campo; entonces tomóle el escudo, é dióle con él tal golpe encima de la cabeza, que fué fecho piezas, y el romano quedó tal como muerto, é púsole la punta de la espada en el rostro é pujóla ya cuarto, é Gradamor estremeciése, é escondía el rostro, del gran miedo, é ponía sus brazos sobre la cabeza, con temor de la espada, é comenzó á decir: «¡Ay buen Griego, señor! no me mateis, é mandad lo que haga.» Mas el caballero Griego mostraba, que no lo entendía, é como lo vió acordado, tomóle por la mano, é dándole de llano con la espada en la cabeza, le hizo, mal de su grado, poner en pié, é fizole señal que se subiese en el padron; mas él era tan flaco, que no podía, y el Griego le ayudó; y estando así de piés sosegado, dióle de las manos tan recio, que le hizo caer tendido, é como él era grande y pesado é cayera de alto, quedó tan quebrantado, que no bullia, y el Griego le puso las piezas del escudo sobre los pechos; é yendo á Lasamor, tomóle por la pierna, y llevólo arrastrando cabe su hermano, é todos pensaban que los quería decabezar, é don Grumedan, que con placer lo miraba, dijo: «Páreceme que el Griego bien ha vengado su escudo.»

Esplandian el doncel, que la batalla miraba, pensando que el caballero Griego quería matar los dos caballeros que vencidos tenía, habiendo duelo dellos, dió de las espuelas á su palafren é llamó á Ambor, su compañero, é fué donde los caballeros estaban. El caballero Griego, que así lo vió venir, esperóle por ver qué quería, é como cerca llegó, parecióle el mas fermoso doncel de cuantos en su vida viera; y Esplandian se llegó á él é dijole: «Señor, pues que estos caballeros son en tal estado que no se pueden defender, y es conocida la vuestra bondad, hacedme gracia dellos, pues con vos queda toda la honra.» Y él daba á conocer que no lo entendía; y Esplandian llamó á altas voces al conde Argamonte que se llegase allí, que el caballero Griego no le entendía su lenguaje; y el Conde vino luego, y el Griego le preguntó qué demandaba el doncel, y él le dijo: «Pídeos, Señor, esos caballeros que gelos deis.—Mucho sabor habria de los matar, dijo él; pero yo gelos otorgo.» E dijo al Conde: «Señor, ¿quién es este tan hermoso doncel, é cuyo hijo es?» El Conde le dijo: «Cierto, caballero, eso no os diré yo; que no lo sé, ni ninguno que en esta tierra sea.» E contóle la manera de su crianza. «Ya yo oí hablar de este doncel en Romanía, y pienso que se llama Esplandian, é dijéronme que tenía en los pechos unas letras.—Verdad es, dijo el Conde, é bien las podeis ver, si quisiédes. Mucho os lo agradeceré, y á él, que me las enseñe, que extraña cosa es de oír, é mas de ver.» El Conde le rogó á Esplandian que gelas mostrase, y llegóse mas cerca, é traía cota é capirote francés trenado con leones de oro, é una cinta de oro estrecha ceñida,

y el sayo y capirote se abrochaba con brochas de oro; é quitando algunas de las brochas, mostró al caballero Griego las letras, de que fué maravillado, teniéndolo por la mas extraña cosa que nunca oyera; é las letras blancas decían *Esplandian*, mas las coloradas no las pudo entender, aunque bien cortadas y hechas eran, é dijole: «Doncel fermoso, Dios os haga bienaventurado.» Entonces se despidió del Conde é cabalgó en su caballo, que allí su escudero le tenía, é fuése donde Grasinda estaba, é dijole: «Mi señora, enojada habréis estado en esperar mis locuras; mas poned la culpa á la soberbia de los romanos, que lo han causado.—Si Dios me salve, dijo ella, antes las vuestras venturas buenas me facen ser muy alegre.» Entonces movieron de allí contra las fustas, é Grasinda, con gran gloria é alegría de su ánimo, y no menos el Griego caballero en haber parado tales á los romanos, de que muchas gracias daba á Dios. Pues llegados á las barcas, haciendo poner las tiendas dentro, movieron luego la via de la insola Firme. Mas dígoos de Angriote de Estravaus y don Bruneo, que quedaron por mandado del caballero Griego en una galea, porque escondidamente ayudasen á don Grumedan en la batalla que puesta tenía con los romanos, rogándoles que pasando aquella afrenta como á Dios ploguiese, procurasen de saber algunas nuevas de Oriana, y se fuesen luego á la insola Firme. Al buen doncel Esplandian fué mucho agradecido lo que hizo por los caballeros romanos en les quitar la muerte, á que tan allegados estaban.

CAPÍTULO XVIII.

Cómo el rey Lisuarte envió por Oriana para la entregar á los romanos, é de lo que le acaeció con un caballero de la insola Firme, y de la batalla que pasó entre don Grumedan é los compañeros del caballero Griego contra los tres romanos desafiadores; y de cómo, despues de ser vencidos los romanos, se fueron á la insola Firme los compañeros del caballero Griego, y de lo que allí hicieron.

Oído habeis cómo Oriana estaba en Miraflores, é la reina Sardamira con ella, que por mandado del rey Lisuarte la fué á ver para le contar las grandezas de Roma, y el mando tan crecido que con aquel casamiento del Emperador se le aparejaba. Agora sabed que habiéndola ya el Rey su padre prometido á los romanos, acordó de enviar por ella para dar orden cómo la llevasen, é mandó á Giontes, su sobrino, que tomase consigo otros dos caballeros é algunos servidores é la trajesen, é no consintiese que ningun caballero con ella hablase. Giontes tomó á Gangel de Sadoca, é á Lasamor é otros servidores, é fuése donde Oriana estaba, é tomándola en unas andas, que de otra guisa venir no podía, segun estaba desmayada del mucho llorar, é sus doncellas é la reina Sardamira con su compañía partieron de Miraflores, é veníanse camino de Tagádes, donde el Rey estaba, é al segundo dia acaeció lo que agora oiréis; que cerca del camino, debajo de unos árboles, cabe una fuente estaba un caballero en un caballo pardo, y él muy bien armado, é sobre su loriga vestía una sobreseñal verde, que de una parte é otra se abrochaba con cuerdas verdes é ojales de oro; así que, les pareció en gran manera fermoso, é tomó un escudo y

echólo al cuello, é tomó una lanza con un pendon verde, y esblandeciola un poco, é dijo á su escudero: «Vé é di á aquellos aguardadores de Oriana que les ruego yo que me dén lugar cómo yo la hable; que no será daño dellos ni della; é si lo ficieren, que gelo agradeceré; é si no, que me pesará, pero seran forzados de probar lo que puedo.» El escudero llegó á ellos é dijoles el mensaje, é cuando les dijo que haria su poder por la hablar, riéronse dello é dijéronle: «Decid á vuestro señor que no la dejaremos ver, y que cuando su poder probare no habrá hecho nada.» Mas Oriana, que lo oyó, dijo: «¿Qué os hace á vosotros que el caballero me fable? Quizá me trae algunas nuevas de mi placer.—Señora, dijo Giontes, el Rey vuestro padre nos mandó que no consintiésemos que ninguno se llegase á os hablar.» El escudero se fué con esta respuesta, é Giontes se aparejó para la batalla, é como el caballero de las Armas Verdes lo oyó, fué luego contra él, é diéronse grandes encuentros en los escudos; así que, las lanzas fueron en piezas; mas el caballo de Giontes, con gran fuerza del encuentro, hobo la una pierna salida de su lugar é cayó con su señor, é tomándose el un pié debajo con la estribera donde le tenía, no se pudo levantar. El caballero de las Armas Verdes pasó por el hermoso cabalgante, é tornó luego é dijo: «Caballero, ruégoos que me dejeis hablar con Oriana.» El le dijo: «Ya por mi defensa no lo perderéis, aunque mi caballo ha la culpa.» Entonces Gangel de Sadoca le dió voces que se guardase, é no posiese las manos en el caballero; que moriria por ello. «Ya os toviere á vos en tal estado, dijo él.» E movió contra él cuanto el caballo lo pudo llevar, con otra lanza que su escudero le dió, y erró el encuentro; é Gangel de Sadoca lo encontró en el escudo, donde quebró la lanza, mas otro mal no le hizo; y el caballero tornó á él, que le vió estar con su espada en la mano, y encontróle tan fuertemente, que la lanza voló en piezas, é Gangel fué fuera de la silla é dió gran caída, é luego sobrevino Lasamor; mas el caballero, que muy diestro era en aquel menester, guardóse tan bien, que le hizo perder el golpe de la lanza; así que, Lasamor la perdió de la mano, é juntáronse tan bravamente uno con otro, que los escudos fueron quebrados, é Lasamor hobo el brazo en que lo tenía quebrado; y el de las Armas Verdes, que á él volvió con la espada en la mano, vió cómo estaba desacordado, é no lo quiso herir, mas desenfrenóle el caballo y dióle de llano con la espada en la cabeza, é fizole ir fuyendo por el campo con su señor, é como así lo vió ir, no pudo estar que no riese.

Entonces tomó una carta que traía, é fuése contra donde Oriana en sus andas estaba, y ella, que así lo vió vencer aquellos tres caballeros tan buenos en armas, cuidó que era Amadís, y estremeciése el corazón; mas el caballero llegó á ella con mucha homildad, y tendió la carta é dijo: «Señora, Agrájes é don Florestan os envían esta carta, en la cual fallaréis tales nuevas que os darán placer, é á Dios quedeis, Señora; que yo me vuelvo á aquellos que á vos me enviaron, que sé cierto que me habrán bien menester, aunque sea de poco valor.—Al contrario deso me parece á mí, dijo Oriana, segun lo que he visto, é ruégoos que me

digais vuestro nombre, que tanto afan pasastes por me dar placer.—Señora, dijo él, yo soy Gavarte de Val Temeroso, á quien mucho pesa de lo que el Rey vuestro padre contra vos face; mas yo fio en Dios que muy duro le será de acabar; antes morirán tantos de vuestros naturales y de otros, que por todo el mundo será sabido.—¡Ay don Gavarte, mi buen amigo! á Dios plega por la su merced de me llegar á tiempo que esta vuestra gran lealtad de mí os sea galardonada.—Señora, dijo él, siempre fué mi deseo de os servir en todas las cosas como á mi señora natural, y en esta mucho mas, conociendo la gran sinrazon que os facen, é yo seré en vuestro socorro con aquellos que la servir quisieren.—Mi amigo, dijo ella, ruégoos mucho que así lo razeis donde os falládes.—Así lo haré, dijo él, pues que con lealtad facer lo puedo.» Entonces se despidió della, é Oriana se fué á Mabilia, que estaba con la reina Sardamira é la Reina le dijo: «Páreceme, mi señora, que iguales hemos sido en nuestros aguardadores; no sé si lo ha fecho su flaqueza ó la desdicha deste camno; que aquí donde los vuestros, los míos fueron vencidos é mal trechos.» Desto que la Reina dijo rieron todas mucho mas los caballeros estaban avergonzados é corridos, que no osaban ante ellas parecer. Oriana estuvo allí una pieza, en tanto que los caballeros se remediaban; que el caballo que llevaba Lasamor no lo pudo volver fasta gran pieza, é apartóse con Mabilia, y leyeron la carta, en la cual fallaron cómo Agrájes é don Florestan é don Gandáles le facian saber cómo eran ya en la insola Firme Gandalin é Ardian el enano, y que en esos ocho dias seria con ellos Amadís, é cómo por ellos les enviaba decir que toviessen una gran flota aparejada, que la habia menester para ir á un logar muy señalado, y que así la tenían ellos; que hobiese placer, é toviere esperanza que Dios sería por ella.

Mucho fueron alegres de aquellas nuevas sin comparación, como quien por ellas esperaban vivir; que por muertas se tenían si aquel casamiento pasase; é Mabilia confortaba á Oriana é rogábala que comiese, y ella fasta allí, con la gran tristeza, no quería ni podía comer, ni con la mucha alegría. Así fueron por su camino fasta que llegaron á la villa donde el Rey era; pero antes salió el Rey é los romanos á las recibir, é otras muchas gentes. Cuando Oriana los vió comenzó á llorar fuertemente, é fizose decender de las andas, é todas sus doncellas con ella, é como le veían facer aquel llanto tan dolorido, lloraban ellas y mesaban sus cabellos, y besábanle las manos é los vestidos, como si muerta ante sí la toviessen; así que, á todos ponian gran dolor. El Rey, que así las vió, pesóle mucho, é dijo al rey Arban de Norgales: «Id á Oriana, é decilde que siento el mayor pesar del mundo en aquello que face, y que la envío á mandar que se acoja á sus andas é sus doncellas, é faga mejor semblante y se vaya á su madre; que yo le diré tales nuevas de que será alegre.» El rey Arban gelo dijo como le fué mandado; mas Oriana respondió: «¡Oh rey de Norgales, mi buen primo! pues que mi gran desventura me ha sido tan cruel, que vos é aquellos que por socorrer las tristes é cuitadas doncellas muchos peligros habeis pasado, no me podeis con las armas socorrer, acordadme si-